en tanto que su aliado Enrique VIII se apoderaba de Boloña. París estaba á punto de caer en manos de Carlos V, cuando convino en firmar la paz de Crespy. Por este tratado, que dió término á la larga lucha entre los dos enconados rivales, Francisco Iº renunció á sus pretensiones sobre Nápoles y Sicilia, y á su patronato sobre Flandes y el Artois; Carlos V, por su parte, desistió de sus pretensiones sobre la Borgoña y ofreció al duque de Orleans la mano de una de sus hijas que había de llevarle en dote el ducado de Milán; pero como el duque muriese poco después, Carlos, desligado en esta parte de su compromiso, dió el Milanesado á su hijo Felipe.

Así terminó la porfiada lucha entre Carlos V y Francisco I°, muriendo éste último en 1547, tres años después de firmada la paz de Crespy.

Guerras de Carlos V en Túnez (1535) *y en Argel* (1541).—Entre la segunda y tercera guerra que sostuvo el emperador con el soberano de Francia se efectuó su expedición contra Túnez para reprimir al famoso corsario Haradín *Barbaroja*, que puesto al servicio de Solimán II no sólo devastaba con sus correrías todas las costas del Mediterráneo, sino que se había apoderado del reino de Túnez desposeyendo á su monarca Muley-Hacén. Carlos V salió de Barcelona con una poderosa escuadra (Mayo de 1535), y desembarcó con su ejército en tierra africana, no lejos del sitio en que se alzó en otro tiempo la opulenta Cartago. Después de rudos combates cayó en su poder el puerto de la Goleta, y enderezando su marcha sobre Túnez destrozó en batalla campal á las numerosas tropas de *Barbaroja* que intentaron detenerle. Carlos entró triunfante en la ciudad, repuso en el trono á Muley-Hacén con quien celebró un ventajoso tratado que lo hizo dueño de la Goleta, y volvió á España cubierto de gloria y de prestigio.

Seis años después (1541), el emperador y rey de España se dirigió con 26,000 hombres á conquistar la ciudad y puerto de Argel, defendidos por el renegado Hassán Agá, fiel servidor de *Barbaroja* y del emperador turco Solimán II. La fortuna que tan propicia fué á Carlos V en su empresa contra Túnez, mostróse con él ceñuda en su expedición á Argel, pues los vientos, las continuas lluvias y las borrascas le obligaron á levantar el cerco que ya había establecido en derredor de la plaza africana, y destruyeron la mayor parte de sus naves, viéndose en la necesidad de regresar á España con los restos maltrechos de su ejército.

Campañas de Carlos V en Alemania (1546-1552).—La reforma religiosa predicada por Lutero en Alemania desde 1517, produjo los más graves resultados y ocupó por mucho tiempo la atención de Carlos V. Reservando para su

lugar correspondiente todo lo que á la *Reforma* y al *protestantismo* se refiere, debemos indicar que en 1546 el emperador tomó las armas contra los *protestantes* y los destrozó en la batalla de Muhlberg (1547), cayendo en sus manos los principales caudillos del partido reformista que lo eran Juan Federico, elector de Sajonia, y Felipe, landgrave de Hesse. El electorado de Sajonia fué cedido al duque Mauricio que había servido en las filas de los católicos, pero que una vez en posesión de aquel estado se coaligó con Enrique II de Francia, y poniéndose á la cabeza de los *protestantes* estuvo á punto de sorprender á Carlos V, le persiguió á través del Tirol y le obligó á libertar á Felipe de Hesse y á firmar la convención de Passau (1552) que consolidó la religión reformada dándole una autorización pública y legal de que siempre había carecido.

Luchas entre Carlos V y Enrique II de Francia (1552-1556).—Enrique II, heredando de su padre Francisco el odio que siempre tuvo éste á Carlos V, había invadido las poseslones imperiales de Lorena, lo cual motivó la lucha comenzada en 1552. El emperador sitió á Metz con un ejército formidable, pero la valiente defensa que hizo de aquella plaza el duque Francisco de Guisa le obligó á retirarse á Flandes donde continuó la guerra, aunque flojamente, hasta principios de 1556.

Abdicación de Carlos V (1556) *y su muerte* (1558).—Desde Octubre de 1555 Carlos V había renunciado en Bruselas la corona de Flandes á favor de su hijo Felipe, y en esta ocasión dijo el célebre emperador que durante su reinado había ido nueve veces á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra y dos al Africa, atravesando ocho veces el Mediterráneo y tres el Océano, y "agora—añadió—será la cuarta que volveré á pasarlo para sepultarme en España." En 16 de Enero de 1556, y en la misma ciudad de Bruselas, renunció en Felipe las coronas de España y de sus estados de Italia, y poco después la gobernación del imperio de Alemania en su hermano Fernando que ya había entrado en posesión de los estados hereditarios de la casa de Austria. Un año después de su abdicación, Carlos V se retiró al monasterio de Yuste en Extremadura [Febrero de 1557], donde se ejercitó en oficios de devoción sin desatender los negocios políticos, pues era consultado en todo, y siguió interviniendo en el gobierno de la vasta monarquía hasta su muerte, ocurrida el 21 de Septiembre de 1558. (Varios historiadores han afirmado que este emperador se hizo celebrar en vida sus propios funerales dentro de la iglesia de Yuste, afirmación que fundadamente desmiente Don Modesto Lafuente en su *Historia general de España*).

Las contínuas guerras que sostuvo Carlos V durante su largo reinado, no

fueron estériles para el progreso de la humanidad. Dieron origen al establecimiento del equilibrio político europeo que garantizó la independencia de muchas naciones débiles, que de otro modo hubieran sido víctimas de las más poderosas, y al poner en contacto á Francia, España, Italia y Alemania, contribuyeron á la difusión de las luces y al mejor conocimiento de los pueblos entre sí. Durante el reinado de Carlos V se ensancharon inmensamente los dominios de España en América, y cuando ese soberano abdicó la corona ya la conquista española se había enseñoreado de las vastas regiones que conservó por espacio de tres siglos, debiendo comprender en ese ensanche de dominación el archipiélago de las Filipínas, en el Oriente del Asia. Carlos V fué quizás el personaje histórico más notable del siglo 16º, y sin embargo, sus contínuas guerras empobrecieron á España, el sistema absoluto se afirmó en su época sobre las ruinas de las viejas libertades, y esta sujeción que se implantó en la primera mitad del siglo había de preparar el régimen opresor que desarrolló el hijo y sucesor de Carlos en la segunda mitad de la misma centuria.

FELIPE II [1556—1598].—El tercer monarca de la dinastía austriaca nació en España (1527), y varios años antes de la abdicación de su padre y antecesor había sido llamado al gobierno de la monarquía española, en calidad de regente y á nombre y durante la ausencia de Carlos.

Aun desmembrado el imperio de Alemania de la herencia de Carlos V, quedaba todavía su hijo Felipe el soberano más poderoso del mundo, porque poseía los reinos de España, Nápoles y Sicilia, Milán, Cerdeña, el Rosellón, los Países Bajos, el Franco-Condado, las Filipinas, las Antillas y el continente americano desde las fronteras septentrionales de México hasta el cabo de Hornos—con excepción del Brasil—las islas Canarias y varias ciudades en la costa septentrional del Africa. Además, su matrimonio con la reina María de Inglaterra, ponía en su mano la fuerza y los recursos de aquel reino. Por eso decíase en aquel tiempo que jamás se ocultaba el sol en los dominios del monarca de España.

No tardó en encenderse la guerra entre Enrique II de Francia y Felipe II. Las tropas de éste alcanzaron una brillante victoria en San Quintín (1557), y aunque el duque de Guisa, general de Enrique, obtuvo después algunos triunfos, los franceses volvieron á ser destrozados en Gravelinas, lo cual produjo el tratado de Châteaux-Cambresis (Abril de 1559) que puso paz entre las siguientes naciones: Francia, España é Inglaterra, siendo en general aquel convenio favorable á los intereses españoles.

Felipe II, establecido en Madrid que desde entonces fué la capital de España, y viudo por segunda vez, pues que María de Inglaterra había muerto á fines de 1558, se casó en terceras nupcias con Isabel de Valois, hija de Enrique II; desde los primeros años de su reinado extremó el rigor contra los acusados de herejía, y cuéntase que en el primer auto de fe que presenció aquel monarca dijo las siguientes palabras: "*Si mi hijo fuera hereje, yo mismo traería la leña para quemarle.*" Dirigió luego varias expediciones contra las costas de Africa que sólo produjeron la reconquista del Peñón de la Gomera, aunque mayor éxito alcanzó la escuadra enviada por él en socorro de Malta, defendida por el gran maestre La Valette, pues que obligó á huir á los turcos que la cercaban (1565).

Desde 1566 comenzó la desastrosa guerra de Flandes que debía durar más que el largo reinado de Felipe II. La intolerancia política y religiosa de este soberano suscitó el levantamiento de los flamencos, excitados más y más á perseverar en la lucha por la crueldad del duque de Alba, protervo y siniestro personaje que dejó en Flandes una huella de desolación y de ruinas; sucedióle en el gobierno de aquel país el más benigno Don Luis de Requesens; á éste, el mismo hermano del rey, Don Juan de Austria, vencedor de Lepanto; y después de la muerte misteriosa de héroe tan ilustre, gobernó las provincias flamencas el gran capitán Alejandro Farnesio, nieto del emperador Carlos V. Pero ni el talento y bravura de todos esos guerreros, ni el suplicio de los condes de Egmont y de Horn, ni el asesinato de Guillermo de Orange, preparado indudablemente por Felipe II, pusieron término á la guerra de Flandes, cuyo país dejó en feudo este monarca á su hija Isabel Clara Eugenia, casada con el archiduque Alberto de Austria; disposición que no desarmó á los insurrectos flamencos.

También la misma intolerancia del rígido y tenebroso Felipe produjo en España la sublevación de los moriscos de Granada, ex-

tinta por el valor de Don Juan de Austria (1570), quien al año siguiente se cubrió de gloria en el golfo de Lepanto (7 de Octubre de 1571) destrozando una numerosa escuadra turca, siendo él comandante en jefe de la armada cristiana, compuesta de naves españolas, venecianas y del pontífice Pio V. Esta gran batalla quebrantó por algún tiempo el poderío marítimo de los otomanos, pero no les impidió recobrar pocos años después á Túnez y la Goleta, conquistadas en otro tiempo por Carlos V.

Muerto en Africa el caballeroso Don Sebastián, rey de Portugal, entró este reino en lamentable anarquía apenas disimulada por el reinado del cardenal Don Enrique. Al fallecimiento de éste suscítanse las pretensiones al trono, siendo los más activos en hacer valer sus derechos el prior de Crato y Felipe II descendiente directo, aunque por línea femenina, de Don Manuel de Portugal. Apoyan al primero numerosos partidarios, pero el segundo envía un ejército al mando del duque de Alba, que vence al prior de Crato y entra triunfante en Lisboa (1580), siendo proclamado Felipe II rey de Portugal por las cortes de ese reino. Con la anexión de la monarquía portuguesa á la corona de España se le unieron también sus ricas y vastas colonias de América, de Africa y de la India oriental, agregación que ensanchaba inmensamente los dominios españoles, pero que los debilitaba en vez de robustecerlos. "Porque, dice un historiador, alteradas algunas de aquellas colo-"nias por los mismos indígenas, asaltadas otras por los holande-"ses é ingleses, revueltos todavía los Países-Bajos, en guerra Es-"paña con Francia y con Inglaterra, y teniendo que guarnecer "las posesiones de Africa y de Italia, cuanto más se dilataban los "dominios, más eran los puntos vulnerables que quedaban á una "nación empobrecida por tantas guerras, y mayor la imposibili-"dad de atender á todas las partes del mundo."

Entre los muchos motivos de desacuerdo que existían entre Felipe II é Isabel de Inglaterra descollaban el abierto favor que la segunda impartía á los insurrectos de Flandes, y las depredaciones que Drake y otros corsarios ingleses hacían en el Nuevo-Mundo y en los navíos españoles que cruzaban los mares de Occi-

dente. El rey de España dispuso una invasión á Inglaterra, y al efecto, preparó una poderosa escuadra que reunida en Lisboa salió de ese puerto con dirección al mar de la Mancha, á fin de recibir á bordo las tropas que mandaba en Flandes el expertísimo y bravo Alejandro Farnesio. La *Armada invencible* [que este nombre se dió á la española, porque como tal era por todos considerada], empezó á sufrir contratiempos desde su salida de Lisboa, y al llegar al mar de la Mancha una fuerte borrasca y los ataques de las naves inglesas acabaron con ella (1588). Tal fué el término de aquella expedición, y no sin motivo lo deploró España como una espantosa calamidad; sólo Felipe II recibió la noticia con aparente, si no con verdadera entereza, y cuéntase que dijo: *"Yo envié mis "naves á luchar con los hombres, no contra los elementos, y doy gra-"cias á Dios de que me haya dejado recursos para soportar tal pér-"dida".*

El propósito de destruir el protestantismo en Francia, unido al deseo de sentar á su hija Isabel en el trono de esa nación, movieron á Felipe II á sostener una larga guerra con Enrique IV de Borbón, que había sucedido en 1589 á Enrique III de Valois. Alejandro Farnesio entró en el territorio francés y obligó á Enrique IV á levantar el sitio que éste había establecido en torno de París, cuyos habitantes no querían aceptarle como rey por su calidad de protestante. Otras dos campañas felices hizo el valiente Farnesio, pero la muerte de este gran capitán, la abjuración de Enrique IV que abrazó la fé católica, y los descalabros que luego sufrieron sus tropas obligaron á Felipe á firmar con el rey francés la paz de Vervins [1598]. En Septiembre de ese mismo año murió en el Escorial el temido y poderoso Felipe II.

Los reinados de este monarca y de su padre y antecesor Carlos V llenan casi todo el siglo 16° señalando la época más gloriosa de la dinastía austriaca, y en la que España llegó á su más alto grado de fuerza y poderío.

Felipe II, educado en el catolicismo, religioso por inclinación y por conveniencia política, severo y rígido por carácter, tétrico y adusto por temperamento, intolerante por genio y por sistema, ejérció tanta influencia sobre España que contribuyó á cambiar el carácter mismo de su nación. No en vano desplegó la

política inquisitorial de aquel soberano su excesivo rigor, pues que el genio español se modificó profundamente tornándose en grave, acompasado y receloso.

En su celo por ejercer una autoridad absoluta Felipe II no toleraba ni del mismo pontífice romano el menor conato de usurpación de su poder, ni menos podía consentir en que el elemento popular ejerciera el influjo y prestigio que había tenido en épocas pasadas. Así, y conforme á su carácter, redujo lentamente á la impotencia á las cortes del reino, y cuando su antiguo ministro Antonio Pérez, caído de su gracia, buscó amparo y lo halló en efecto en el antiguo reino de Aragón, aprovechóse de la coyuntura, y los fueros de los aragoneses quedaron destruidos con la misma cuchilla que degolló á Don Juan de Lanuza, el Justicia Mayor (1591). La misteriosa muerte de su hijo el príncipe Don Carlos (1568) y la prematura de Don Juan de Austria (1578) no fueron quizás obra suya, pero muchos en su época y ahora lo han creído así fundándose en la reserva y el disimulo de aquel frío y severo monarca que persiguió diez años á su secretario Antonio Pérez, á quien alternativamente hundía en los calabozos y le permitía gozar de libertad. Hombre impasible, que llegó á dominar todos los afectos del corazón para revestir una frialdad que creía inherente á su puesto de monarca todopoderoso y absoluto, y por eso no es de extrañar que si la noticia de la espléndida victoria de Lepanto no fué bastante á interrumpir sus oraciones, la del desastre de la *Armada invencible* sólo le arrancó una bella frase de resignación con la que quiso ocultar su propia imprevisión, y quizás su inmenso despecho.

Cierto es que las armas victoriosas de España y su brillante gloria literaria, la cual reseñaremos en el lugar oportuno, hicieron de esta nación la primera de Europa en el curso del siglo 16°, pero es preciso añadir que su decadencia empezó también con el mismo reinado de Felipe II. Sus continuas guerras, su desmedida ambición, su afán de ejercer las funciones de defensor del catolicismo, empobrecieron á la nación española, exhausta y miserable en medio de la corriente de oro y de plata que enviaba el Nuevo-Mundo, y su despotismo inflexible ahogó todos los gérmenes de libertad que le hubieran dado sólida grandeza.

"Desde sus silenciosos gabinetes de los palacios de Madrid, de Aranjuez y "del Escorial—dice el historiador Philippson—ese rey de España había tenido "en suspenso á toda la Europa. Todas las fuerzas de sus extensos estados fueron "dirigidas á un sólo objeto: el establecimiento de un despotismo universal en "lo político y en lo religioso. El romanismo y el españolismo debían, en estre-"cha alianza, dominar al mundo, bien que el papa no había de ser más que un "servidor leal del monarca español, del rey católico, del defensor de la Iglesia.

"Junto á la casa de Hapsburgo no debía levantarse potencia alguna, y á sus "piés debía rendirse mediata ó inmediatamente el mundo.

"Felipe siguió este inaudito plan con más convicción y más impaciencia que "su padre Carlos V, el cual, como hombre de Estado frío, práctico y poco es-"pañol, no hubiera considerado tal proyecto sino como un lejano y poco proba-"ble ideal. No era así Felipe II: su sangre fría, su indiferencia, eran apa-"rentes; sus cálculos exactos sólo se referían á los detalles, á las pequeñeces; pe-"ro en lo principal estaba dotado del nebuloso romanticismo de un fanático; sólo "que en él, el fanatismo religioso estaba íntimamente enlazado con la ambición "nacional y personal. Con inaudita ingenuidad consideraba como derecho in-"contestable del rey de España el tratar al mundo entero cual si estuviese ba-"jo su poder, y á sus ojos era criminal todo aquel que osaba oponerse á sus "pretensiones. El perseguir no sólo á sus súbditos rebeldes, sino á los sobera-"nos extranjeros por medio del veneno y del puñal de los asesinos; el tener á "sueldo en todos los países de Europa traidores de todas clases, desde el minis-"tro hasta el aventurero afortunado; el cebarse en los desdichados Países-Bajos; "el maltratar al papa cuando éste se atrevía á separarse del sistema político es-"pañol; el mandar cortar la cabeza á Lanuza, defensor de las libertades arago-"nesas, son hechos, aparte de otros muchos, que demuestran evidentemente que "la aspiración hacia una monarquía universal había llegado á ser en Felipe II "un artículo de fe. A menudo se quieren rebajar los triunfos obtenidos por este "rey en el terreno religioso: lo cierto es que él consiguió impedir por completo "la entrada del protestantismo en España; que, con auxilio del Pontificado, "vuelto á nueva vida, acabó con la herejía en Italia, cuya mitad se hallaba di-"rectamente sometida á la corona de España; y que si en Alemania y en Polo-"nia hizo tantos progresos la contra-reforma debióse, en gran parte, al ejemplo, "á los consejos y al apoyo inmediato de Felipe II. Contribuyó á que en la mi-"tad meridional de los Países-Bajos, donde el catolicismo parecía supeditado, "como en la septentrional, al protestantísmo, triunfasen las creencias católicas y "fuesen consideradas como la religión del país. Felipe II hizo más aun, pues "obligó á Enrique IV á comprar por la misa la ciudad de París y la soberanía "de Francia, y á mantener el catolicismo como religión del Estado. Si el cato-"licismo triunfó en todas partes del calvinismo, si arrebató á la reforma impor-"tantes territorios, débese al solitario del Escorial, que fué la cabeza, el caudi-"llo, el adalid y el campeón victorioso de la reacción católica. Pero desde el "punto de vista político, puede decirse que no estuvo Felipe á la misma altu-"ra: todos sus planes fracasaron, y si algunos tuvieron éxito fué en perjuicio de

"su patria. El Estado español y la dinastia, debilitados, fueron la herencia de "Felipe II, los únicos resultados de su aspiración á la monarquía universal."

En efecto, cuando el tercero de las *Austrias* fallecía en el Escorial, sombrío y colosal monumento consagrado por la gratitud de aquél al santo del día de la batalla de San Quintín (San Lorenzo), y construido por los grandes arquitectos Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, la dinastía austriaca, y con ella España, habían entrado ya en un período de larga y sucesiva decadencia.

PORTUGAL.

Reinado de Don Manuel (1495–1521).—Los grandes descubrimientos de los portugueses, impulsados por el rey Don Juan II, continuaron dando prosperidad y gloria á la nación lusitana bajo su inmediato sucesor Don Manuel I°. Dobló Vasco de Gama el temido cabo de las *Tormentas*, Cabral descubría en el Nuevo-Mundo la extensa región del Brasil, y otros marinos portugueses plantaron el pabellón de su patria en las islas Maldivas, en Sumatra y Ceilán. Don Manuel, á quien sus súbditos llamaron el *Afortunado*, ordenó las vastas posesiones conquistadas é hizo gozar á su nación los beneficios de la paz. No fué tan dichoso su hijo y sucesor Juan III (1521-1557), pues los establecimientos portugueses en Asia y Africa decayeron en su tiempo.

El rey Don Sebastián (1557-1578).—Este que fué nieto y sucesor de Juan III, á impulsos de su educación caballeresca y romántica emprendió una campaña contra los moros del Africa, y murió peleando en la batalla de Alcazarquivir. Sucedióle en el trono su tío el cardenal Enrique que falleció á los dos años de reinado (1578-1580).

Incorporación de Portugal á España (1580).—Extinguida la línea de varones que había reinado en Portugal desde el entronizamiento de la casa de Avís, Felipe II reclamó el cetro lusitano como hijo que era de una infanta de Portugal (la emperatríz Isabel, esposa de Carlos V), y ya hemos dicho en el capítulo anterior relativo á España de qué manera Felipe II venció al prior de Crato y se apoderó de la corona portuguesa (1580). Males y miserias

grandes cayeron sobre el país durante los sesenta años que permaneció unido á España, logrando al fin sacudir el yugo y recobrar su independencia por medio de una revolución afortunada (1640).

IMPERIO DE ALEMANIA.

Maximiliano I° (1493-1519).—Ya dijimos en el *siglo* anterior que este monarca engrandeció la casa de Austria con Flandes y una parte de la Alta-Italia, en virtud de su casamiento con María de Borgoña, hija de Carlos el *Temerario*. Pretendió Maximiliano castigar á los suizos porque le abandonaron en su expedición contra la Borgoña francesa, pero vió humilladas sus armas en ocho batallas sucesivas, y tuvo que firmar la paz de Basilea (1499) que aseguró la más completa independencia de la Confederación helvética. En 1508 este emperador entró en la liga de Cambray juntamente con el papa Julio II, Fernando el *Católico* y Luis XII de Francia, contra la república de Venecia, esperando los coaligados repartirse los despojos de la *reina del Adriático*, y aunque las tropas de ésta fueron vencidas en Agnadel y tuvo que devolver la Romanía al pontífice, supo su hábil diplomacia desunir á sus poderosos enemigos y salir casi incólume de tamaño peligro. Maximiliano fué por algún tiempo aliado de Luis XII, pero luego se volvió contra él ligándose con el papa, los suizos y Enrique VIII de Inglaterra, lo que no le valió para conservar el ducado de Milán que pasó al rey de Francia. Ningún soberano de la casa de Hapsburgo, con excepción de María Teresa que floreció algunos siglos más tarde, gozó de tanta popularidad en Alemania como Maximiliano I°, quien apesar de sus deslumbradoras calidades fué torpe hombre de Estado y se distinguió por la confusión y el desorden en todo lo que intervino.

Carlos V (1519–1556).—La historia de este soberano como emperador se confunde en muchos puntos con la del mismo personaje como rey de España. Sin embargo, sus contínuas luchas contra el protestantismo y los príncipes de Alemania, pertenecen á la historia de este último país, y de ellas trataremos en el capítulo referente á la *Reforma*.

Emperadores alemanes desde 1558 hasta 1612.—Carlos V abdicó (1556) la corona imperial en su hermano Fernando, quien desde 1527 debe considerarse como primer monarca de Austria, pero hasta 1558 fué reconocido emperador por los electores en la dieta de Augsburgo. Acrecentáronse los estados particu-